



# ORÍGENES DE LA NOVELA EN MÉXICO

## I

### GÉNESIS DEL GÉNERO

Puede decirse que la narración oral, éxaltada, de hechos reales o ideados, género que sin duda nació con las primeras manifestaciones de la imaginación humana, fué, permítaseme la expresión por lo exacta, el *protoplasma* de la novela y el germen de la parábola, el apólogo, la fábula y otras maneras del símbolo didáctico, que a su vez fueron gérmenes del cuento.

El pueblo hebreo tuvo toda una literatura, fundada especialmente en el sentimiento religioso, pero en la que ya vemos los primeros pasos del género novelesco. La *Biblia* no viene a ser otra cosa que una síntesis de la literatura hebrea, síntesis en la que la poesía, la historia y la filosofía se hallan reunidas. En cada uno de sus libros encontramos descripciones de costumbres y exaltación de pasiones y sentimientos.

En la sexta dinastía egipcia había ya una literatura bien abundante, capaz de constituir bibliotecas, como tal vez la hubo antes del reinado de Menes, el fundador de Menfis. Además del *Libro de los Muertos*, ritual extraño, del que se han hallado algunos ejemplares en papiro sobre las momias, y de los escritos religiosos, eran numerosos los tratados científicos, los poemas históricos, las canciones y los cuentos, éstos ya en la forma en que han llegado hasta nuestros días.

Es seguro que de esta época son algunos escritos del segundo período tebano, hacia el siglo XIII antes de nuestra era, escritos entre los que hubo varios que revelaban los amores de los egipcios.

Creado el cuento de la India, de allí se extendió por todas partes y no hubo pueblo, por inferior e incivilizado que fuese, que no lo cultivara y que no los tuviera en regular número. Todos eran fabulosos, de asuntos morales o de medrosas intrigas. Los arcadios y los sumires, cuatro siglos y medio antes de nuestra era, además de este género cultivaron una especie de fábulas en que los episodios del  *Génesis*  eran relatados llenos de adornos imaginativos, y las cuales posteriormente fueron también compuestas por los asirios y los fenicios.

Buena fuente de inspiración de muchos de estos escritos fantásticos fueron los grandes poemas primitivos. El  *Ramayana*  contiene historias completas, de las cuales una muy bella ha sido extraída y publicada en nuestros tiempos con el título de  *Nala y Damanti* .

Hay indicios muy seguros de que los chinos, que siempre han tomado la delantera en muchas cosas, tuvieron novelas muchísimo antes que los demás pueblos de la antigüedad; pero como la civilización occidental proviene de Grecia y ningún ligamento ofrece con la del que fué Celeste Imperio, en ella tenemos que buscar los primeros principios del género.

Ya el pueblo de Israel había elaborado su monoteísmo nacional, y más tarde, en las proximidades del siglo X, su legislador Moisés escribía el  *Pentateuco* , cuando la Grecia homérica se encontraba en pleno florecimiento.

Transmitidos el apólogo y el cuento oriental a los pueblos de Occidente, siguieron siendo éstas, por algún tiempo, las únicas formas de novela; pero no bien poseyeron los helenos su poesía lírica, aparece Homero, creando con la  *Ilíada*  y la  *Odisea*  el tipo por excelencia de la epopeya, especialmente con la primera, que es la obra de imaginación más grandiosa, y que reasume toda una civilización.

Menos heroica, más sencilla, pero conmovedora en alto grado, la  *Odisea* , más bien que una epopeya es casi una gran novela de aventuras.

Sin embargo la novela no nació, no podía haber nacido en la edad clásica de las letras griegas, aun cuando hubo elementos de ella; tuvieron que aparecer antes el teatro, la filosofía y la historia; Esquilo, Platón, Herodoto; Eurípides fundando el drama psicológico; Teócrito cantando por primera vez la vida del campo sin recurrir a las figuras mitológicas y declarando el principio de que "un paisaje es un estado de alma", y Jenofonte, al fin, con su  *Ciropedia* , la primera ficción novelesca, narración moral y política que, mucho tiempo después, había de ofrecer alguna analogía con el  *Telémaco*  de Fenelón.

Excepto esta obra y algunas narraciones licenciosas, de las que no se conocen sino imitaciones hechas muy posteriormente, no hubo más, digno de mencionarse, en los mejores tiempos del aticismo.

El mayor desarrollo de la seminovela (no podemos llamarla de otro modo) pertenece a épocas de decadencia, a la alejandrina, a la greco-romana y a la bizantina. Su carácter fué amoroso y de aventuras, el cual íbase acentuando conforme desaparecía la epopeya y cambiaba el rumbo de la sociedad, que se encaminaba cada vez más a la vida familiar.

De tales épocas son las *Eubeanas* de Dion Crisóstomo, las *Babilónicas* de Yámblico y el Sirio; los *Amores de Leucipo y Chitofonte* de Aquiles Tacio; el *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro de Emeso, *Abrocomo y Anthia* y las *Esfísfacas* de Jenofonte de Efeso, *Chereas y Calixhoe* de Chariton de Afrodísia, *Ismene e Ismenias* de Eustacio, los *Amores de Rhodantes y Docicles* de Teodoro Prodomo, las *Fábulas Milesianas* de Arístides de Mileto, el *Asno* de Luciano de Patras, *Cosas increíbles de Tule* de Antonio Diógenes, *Pasiones amorosas* de Partenio, *Dafnis y Cloe* de Longo, y otras muchas; y a la senectud y postrimerías del mundo clásico pertenecen las *Cartas amorosas* de Acifrón y Aristeneto de Nicea, fundadoras de las de forma epistolar, y las pinturas de la vida de hogar y escenas de costumbres con que Menandro abrió una nueva senda al género; pero no cabe duda que si el genio de la novela, antes de la novela misma, estuvo personificado en alguien entre los griegos, fué en Luciano de Patras, autor de obras numerosas, pues en él se encuentra alguna narración ya con todos los caracteres de la novela corta moderna.

Hecha la fusión greco-latina y en pleno siglo de Augusto, Tito Livio llevó la prosa a su perfección; mas la novela fué poco cultivada, y el *Satiricón* de Petronio, el *Asno de Oro* de Apuleyo y el *Asno* de Luciano, inspirado en el de Luciano de Patras, son los únicos modelos de los romanos, llegados hasta nosotros.

Petronio realizó un verdadero progreso en la literatura, introduciendo en la narración, en vez de los dioses y los héroes convencionales, las figuras diarias de la vida; los demás escritores de la época no hicieron más que seguirlo. Su *Satiricón* no es sino una sátira de las costumbres depravadas y ridículas supersticiones del tiempo en que vivió, bajo el reinado de Nerón.

A su influencia se deben las *Victimas de Nerón*, libro escrito por Fannio en tiempos de Trajano, con licencia de pluma y lleno de descripciones horribles y pinturas de las orgías de Tiberio, de Calígula y de Nerón, así como los *Césares* o el *Banquete*, cuadro de las virtudes, vicios y extravagancias de los emperadores, que Juliano dejó en las últimas edades de las letras romanas.

Hasta aquí los orígenes. Después de la destrucción del Imperio Romano, ya sabemos cómo todas las formas del Arte fueron transmitidas a Europa y de allí a otras partes del mundo, evolucionando hasta adquirir su perfección actual.

Recapitulando, podemos decir que es casi seguro que del cuento nació la epopeya, y seguro, segurísimo, que como una degeneración de ésta, nació la novela.

La narración oral, primero; las distintas maneras del símbolo didáctico, después; el cuento en seguida y, finalmente, la epopeya, tales son, con exactitud, los orígenes del género novelesco.

## II

## PRINCIPIOS EN MÉXICO

Fruto de trasplante, la novela no ha tenido en nuestro suelo no ya un origen protoplasmático (que el origen de la novela es "uno" en el universo), sino ni siquiera un principio embrionario emanente de alguna de las maneras del símbolo didáctico o del cuento. Fué introducida de improviso, revisitiendo imperfecta forma, pero ya con los caracteres distintivos del género.

Los primitivos mexicanos, como todos los pueblos cuya antigüedad se pierde en las sombras de los siglos, probablemente cultivaran en su infancia a narración oral. Después deben haber creado sus leyendas, y posteriormente, según las noticias que tenemos, una vez que conocieron la escritura jeroglífica llegaron a componer verdaderos libros y a formar considerables bibliotecas, las cuales, como las antiguas de Jerusalén, China, Bizancio y Alejandría, fueron destruidas por las hordas vandálicas de la conquista.

De preferencia cultivaban la poesía, y en ella pintaban la naturaleza, los sucesos notables, las acciones de sus héroes, los incidentes de la caza, sus fiestas y ceremonias y sus amores. Había entre ellos algunos rudimentos del arte dramático; parece ser que no llegaron a la epopeya, y de las maneras del símbolo didáctico no cultivaron sino una especie de odas morales que bien pueden calificarse de apólogos.

Sólo a título de curiosidad consigno los datos anteriores. De la literatura precortesiana no ha llegado hasta nosotros sino una parte tan insignificante, y los informes de los primeros historiadores son tan escasos y tan vagos sobre este punto, que no es posible formarse una idea exacta de su positivo carácter, y menos aún averiguar si el género de que nos ocupamos llegó a tener un lugar en ella, como en las literaturas del Oriente, ya hasta la forma del cuento. Por otra parte, nuestra literatura, en verdad, empieza el día en que fué sembrada aquí la semilla de la española. La ruptura con la civilización antigua ha sido tan completa, moralmente, mediante el influjo de la conquista demoledora, que nuestro pasado casi no es otro que la letárgica época colonial, por lo que bien podemos prescindir, una vez por todas, de volver los ojos a nuestros progenitores, al tratar de hacer la historia de nuestro arte.

Así, pues, no podemos ir más allá del siglo XVI, y este es el punto de donde partiremos.

Descubiertas las costas mexicanas por los conquistadores en 1517; establecido definitivamente el gobierno de la colonia y llegados los primeros misioneros en 1524, las primeras manifestaciones literarias empezaron hacia el segundo tercio de tal siglo.

Europa irradiaba aún en las luces del Renacimiento. España empezó a ejercer dictadura intelectual, como Roma la ejerció antes del cristianismo y como Francia la ejercería omnímoda después, y harta de caldear su fantasía en la novela caballerescas, entonces en privanza, mandó sus hijos a América a vivir sus propias fábulas maravillosas y a traer con su heroísmo su exaltación mística.

Contaba con la imprenta desde 1474, y sesenta y tres años más tarde, en 1538, la transmitió a la Nueva España, habiendo sido la ciudad de México el lugar donde se imprimió, en ese año, el primer libro que se publicaba en el Continente.

Tal libro no fué otro que uno piadoso: la *Escala espiritual para llegar al cielo*, con el cual quedó sembrada la semilla de una literatura religiosa en su principio, sencilla, ingenua y encerrada en moldes clásicos.

Empezó por el cultivo de la poesía, en cuyo género, a poco andar, hubo tal cantidad de versificadores, que en un concurso tomaron parte trescientos, y aun se llegó a decir que había "más poetas que estiércol."

En 1540, dos años después de establecida la imprenta, Cristóbal Cabrera fué el primero en publicar un tomo de versos. Las representaciones dramático-religiosas y la composición de obras escénicas, eran frecuentes; los sermones, las novenas, los elogios de santos y los devocionarios, completaban la producción literaria.

Poco a poco, los elementos europeos se fueron mezclando con los americanos, y de esa mezcla resultó una especie de literatura indo-hispana, que por desgracia vivió poco. De gérmenes de novela, ni asomo. Había poetas narrativos y biógrafos, pero ni siquiera los descriptivos propiamente dichos existían; el espíritu eminentemente religioso de la época les impedía ver la magnificencia de la naturaleza y lo pintoresco de los usos y costumbres. Narraban viajes, honras fúnebres, ceremonias religiosas, fiestas, pero nada más en su parte anecdótica: la línea y el color se les perdían.

En vano he buscado en todas nuestras bibliografías algún indicio de que el cuento hubiera sido cultivado durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Apenas hubo en el curso de ellos uno que otro poeta que escribió fábulas sueltas, que jamás llegaron a publicarse en volúmenes; pues las de Ignacio Basurto, que fueron las primeras coleccionadas, no vieron la luz sino hasta 1802, y las de José Joaquín Fernández de Lizardi en 1817.

Al finalizar el siglo XVI, en 1599, Antonio Saavedra Guzmán publicó, con el título de *El Peregrino Indiano*, una especie de epopeya, de mayor mérito histórico que literario, en que se narra la conquista, desde el arribo de Cortés y sus primeras batallas, y se describen ciudades y costumbres. Otras obras del mismo género, y que también puede considerarse como epopeyas, encontramos durante la época colonial: tales son, como *El Nuevo Mundo y la Conquista*, de Francisco Terrazas; *La Hernandía*, de Francisco Ruíz de León, y *La Cortesiada* del P. Agustín Castro.

Es cierto que muchísimas obras manuscritas del siglo XVI, y no pocas de las impresas en los dos siglos posteriores, fueron destruidas; pero también es cierto que la censura era entonces sumamente restrictiva, y que a ello, más que a otra cosa, se debió que la literatura fuera de predominante carácter religioso. Esto no obstante, ya bien entrado el siglo XVII, comenzó a no limitarse a los asuntos místicos, y sí a extenderse poco a poco a lo profano, empezando por la forma escénica.

Entonces aparecieron los primeros ensayos de novela.

## III

## PRIMEROS NOVELISTAS

Al extinguirse el Renacimiento, Europa había asistido a una florecencia de la novela en varias de sus formas, especialmente en la pastoril, florecencia que se prolongó hasta ya entrado el siglo XVII. Y España, que acababa de cerrar el último ciclo de sus libros de caballerías; que contaba ya con la *Celestina*, su primera novela realista, precursora del *Quijote*, y había dado nacimiento a la novela picaresca con el *Lazarillo de Tormes* y hecho la aparición de su famosa *Diana* de Montemayor, no transmitió a la Nueva España ni un ápice siquiera de los inmensos caudales de su Siglo de Oro, ni una partícula a los incipientes poetas de ésta, de la suave lírica de sus innovadores Boscán y Garcilazo. Nuestro acervo no fué otro que un frío y monótono canto litúrgico que parecía salido de las celdas de los innúmeros conventos y de los antros de la Inquisición.

Apenas vinimos a tener un hermoso, un inolvidable reflejo de sus magnos esplendores, con el advenimiento de nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, la "Décima musa," como se le llamó en su tiempo con sobrada justicia, puesto que su ejemplo, en su época y su sexo, como poetisa de elevado estro, forma conceptuoso y profundo humanismo, no tiene igual hasta hoy, no sólo en su patria, sino en el Continente todo, ¿y por qué no decirlo de una vez? en el mundo entero.

Pero dijimos que nuestra literatura empezó a apartarse un poco de los asuntos puramente religiosos y a extenderse a los profanos. Los autores dramáticos y los poetas fueron los primeros en inspirarse en temas de la vida, y pronto se vieron seguidos por los prosistas.

FRANCISCO BRAMÓN, natural del Virreinato, bachiller y cancelario de la Universidad de México, es, entonces (fuera de todas dudas), el escritor que, aunque todavía bajo la influencia del espíritu místico, intenta en Nueva España el primer ensayo de novela. Fué ésta una fábula pastoril, parecida a la *Galatea* de Cervantes, intitulada *Los Sirgueros de la Virgen sin original pecado*, y dada a luz en 1620, en un volumen de 162 páginas, tamaño 24<sup>o</sup> (14.5 cms. de alto por 10 cms. de ancho), impreso por Juan de Alcázar.

El P. Beristain dice en su *Biblioteca*, que está dedicada al Obispo de Michoacán Fr. Baltasar de Covarrubias, y con otros insignificantes detalles da la explicación de que "sirgueros" significaba "cantos," de la voz griega "sir," y que ésta es la etimología de la voz vulgar silguero o jilguero.

Don Francisco Pimentel dice que la composición de Bramón está hecha en cantos, por lo que debía considerarse como obra lírica; pero que atendiendo a que es una fábula pastoril parecida a la *Galatea*, más bien merece calificarse de novela pastoril, siendo este el género a que pertenece la obra de Cervantes. Yo me inclino a creer lo mismo, más cuando es de suponerse que nuestro primer novelista tendría noticias de las creaciones, de tal índole,

de Sannazaro, Riveiro y Montemayor, entonces en boga, y que *Los Sirgueros de la Virgen*, aunque escrita en cantos, algunos de ellos en verso, la mayor parte son en prosa.

Antonio Ochoa, oriundo de Puebla, licenciado y presbítero, mayordomo de los bienes y rentas del convento de religiosas de San Jerónimo y de su Colegio de Jesús María en aquella ciudad, floreció al mismo tiempo que Bramón, y escribió en 1662, "con toda erudición," una novela, de la que sólo el dato se tiene, y que se intitulaba *Sucesos de Fernando o La Caída de Fernando*, basada también en asunto religioso.

Pimentel, en su noticia sobre los *Novelistas y oradores mexicanos*, hace figurar como noveladores en el siglo diez y siete y en el diez y ocho, a Juan Piña Izquierdo y a Jacobo de Villaurrutia, respectivamente; pero según Beristáin, el primero ni fué natural de Nueva España, ni publicó aquí sus *Novelas Morales*, sino en Madrid, y no escribió más libro en Puebla, donde vivió temporalmente, que uno intitolado *Elegancias de escribanos*; y el segundo, aun cuando impulsó mucho el cultivo de las bellas letras, con varios escritos y en su "Diario" donde se publicaban trabajos literarios, no hizo otra cosa que traducir una novela moral que llevaba el título de *Memorias para la historia de la Virtud*.

Mucho mejor hubiera hecho figurar como tal a Agustín de Salazar y Torres. Este escritor, nacido en Soria, capital de Castilla la Vieja, España, vino acá a la edad de cinco años, traído por su madre que era hermana del obispo de Yucatán y virrey de Nueva España, Excmo. e Ilmo. D. Marcos Torres de Rueda, y estudió en los colegios y Universidad de México, habiendo producido aquí mucho de su nada vulgar talento.

Contaba apenas doce años cuando empezó a florecer, publicando en 1654 algunas poesías y una *Descripción en verso castellano, de la entrada pública en México del Excmo. Sr. Duque de Alburquerque, su Virrey*, mandatario que en 1660 se lo llevó a la Península, con varias obras inéditas, algunas sobre asuntos mexicanos. No se sabe si aquí o en Madrid escribió una comedia, para la cual tuvo por modelo *La Celestina* de Fernando de Rojas, intitulándola *El encanto es la hermosura y el hechizo sin hechizo* o *La segunda Celestina*, que alcanzó fama, y que bien puede considerarse como del género de la de Rojas.

A juicio de D. Luis González Obregón, quien primero demostró verdadero temperamento de novelista, apartándose de los asuntos religiosos, fué Carlos de Sigüenza y Góngora. Impreso por la Viuda de Bernardo Calderón, publicó en 1690 un curioso libro, en el que hasta el título es novelesco: *Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, padeció en poder de ingleses piratas que lo apresaron en Islas Philipinas, como navegando por sí solo y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán, consiguiendo por este medio dar vuelta al mundo*. En él hace la narración de las aventuras de ese Alonso Ramírez, cuya azarosa vida diz que contó al autor, y sorprende que sin haberse propuesto escribir una novela, le haya resultado algo con todo el sabor romancesco.

## IV

## NOVELISTAS EN EL SIGLO XVIII

Mucho más propicio para las letras se inició el siglo XVIII, con todo y que en el anterior se había notado un adelanto positivo, respecto del primero de nuestra españolización. Nació el periodismo apareciendo sucesivamente la *Gaceta de México*, la *Gaceta de Literatura* de D. José Antonio Alzate, y el *Mercurio Volante* del Dr. Bertolache; los poetas se multiplicaban, abundaban los prosadores y no escaseaban los hombres de ciencia. Pero la novela permanecía en el mismo estado de imperfección y escasez, no obstante que Carlos III levantó su orden prohibitiva de que penetraran a la colonia libros extranjeros, con lo que la literatura de Nueva España se puso en contacto con la europea.

Entre los poquísimos cultivadores del género de que nos ocupamos y que se produjeron en toda esta centuria, están Marcos Reynel Hernández, José González Sánchez y Joaquín Bolaños, únicos de que se tiene memoria.

Marcos Reynel Hernández, nacido en el virreino, fué colegial y catedrático de teología en el Seminario Tridentino de México, doctor teólogo de la Universidad, juez eclesiástico en Temascaltepec, en Ixtapalucan y en Tizayuca, y examinador sinodal del Arzobispado. No conforme con pertenecer al clero secular, ingresó al regular, tomando el hábito de San Francisco, con el nombre de fray Miguel de Santa María.

Algo parecido que a Sigüenza y Góngora le pasó a Reynel Hernández. Compuso una obra mística, que por la forma le resultó novela. Aún no era religioso cuando, en 1750, publicó la primera parte de *El Peregrino con Guía, y Medicina Universal de la Alma. — Idea de un pecador, desde la cárcel de los pecados, hasta la Mesa del Sacramento*. En 1761, siendo ya fraile, completó la obra con dos partes más que aparecieron en un segundo volumen. Toda se divide en treinta y dos jornadas, y "en cada jornada — asienta D. Luis González Obregón — el Peregrino, que es el Alma, va contando su vida con indicaciones individuales de patria, padres y nacimiento, hasta encontrarse con la Consideración, que fue su guía, y comenzar a caminar juntos por la escabrosa senda de la perfección, pasando cerca de fuentes de aguas puras o por sitios peligrosos, y topando con gentes que llevaban hábitos de locos y con locos que vestían trajes de cuerdos, hasta llegar al fin de su larga caminata, al deseado y eterno descanso."

El P. González Sánchez sí escribió, fuera de toda influencia mística, una novela que, en verdad, merece el nombre de tal. *Fabiano y Aurelia* es su título.

No llegó a hacerse edición de ella, y el manuscrito autógrafo, fechado en 20 de septiembre de 1760, si no ha sido destruido por la mano de algún timorato, debe existir en la biblioteca que fué del distinguidísimo bibliófilo D. Joaquín García Icazbalceta.



Pimentel asegura haber leído *Fabiano y Aurelia*, y por el juicio totalmente adverso que de ella nos da, con aquel su criterio de retórico y ortodoxo, colegimos que se trata de una obra, si no de mérito, cuando menos muy interesante.

Desde luego nos hace saber que es una novela cuyo argumento la componen unos amoríos "livianos," "poco decentes," lo que, unido al hecho de que su autor era un presbítero católico, nos hace pensar, involuntariamente, en un caso parecido al del libertino abate Casanova, quien casi al propio tiempo que González Sánchez debe haber escrito sus famosas *Memoorias*, la singular novela licenciosa.

El estilo lo encuentra "rebuscado, altisonante, obscuro y pedantesco," como que el gracioso clérigo pertenecía a la escuela culterana, y los discípulos de Góngora sacaban de quicio a Pimentel, así se llamaran Sor Juana Inés de la Cruz; pero nosotros, los de la generación actual, que sabemos bien cual fué el papel del gongorismo en su época y con respecto a la llamante escuela llamada "modernista," que tanto bueno acaba de dejarnos, no podemos menos que leer con interés este retrato de Fabiana, la protagonista, que Pimentel tuvo la feliz idea de entresacar del manuscrito.

Dice así:

"Tenía el cuerpo de competente estatura, y tan blanca la color que atendiendo a las propiedades y reflejando en la esencia, podía dudarse alabastro vestido, ó pedazo de nieve con alma. Sus cabellos dorados, con lazos en que desde luego hubiera quedado preso el poderoso Neptuno, si no hubiera visto primero los de la cruel Medusa. Sus ojos eran modestamente alegres, más vivos que los ciento de Argos, por que éstos con ningún engaño pudieron descuidarse y aquellos con la flauta de Mercurio llegaron á dormirse. Las mejillas vistoso enjambre de colores, y en éstas, agraciada y suspensa contienda, porque aunque una se alterase encendida, la otra se detenía desmayada. La boca dividido clavel ó concha que abrigaba en su rosado seno iguales y menudas perlas. Los brazos bulliciosos cristales, en cuya transparente armonía se dejaban ver las delicadas venas; y como éstas se situaban estriadas, se engañaba la vista pensando que eran escamas nutridas en los suspensos acuos. Las manos escápulos de nieve, torneadas á sonrojo del arte, dignas por esto de aquella generosa alabanza con que el poeta griego encareció la perfección de Aurora. Ceñía la admiración su cintura y fatigaba la brevedad de su pie. Toda era un asombro y la hacía más peregrina su genio y su ingenio, pareciéndose en lo primero á la dócil Diana, hija de su hermano, y en lo segundo á la divina Palas, nacida de la cabeza de Júpiter. Parecía, en fin, que excediendo á aquella diosa que produjo el poderoso Vulcano, había obligado más que ésta á los dioses para que la adorarán con tan divinos dones."

Joaquín Bolaños era natural de España, y, venido a la colonia, profesó fraile en el Colegio de Propaganda Fide de la ciudad de Zacatecas, habiendo sido antes sinodal del obispado del Nuevo Reino de León. Igual que Reynel Hernández, escribió un libro entre místico y alegórico, en cuarenta capítu-

los ilustrados con grabados de cobre, el cual reviste también caracteres de novela, y salió a luz en 1792 con el título de *La portentosa Vida de la Muerte, Emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agraviados del Altísimo, y muy Señora de la Humana Naturaleza, cuya célebre historia comienza a los hombres de buen gusto Fr. Joaquín Bolaños.*

Imitada de *La Vida de la Muerte* de Fr. Felipe de San José, escrita en el siglo anterior, la obra de Bolaños, "extravagante, fantástica, pero de mucha imaginación, sumamente pintoresca y variadísima en toda clase de escenas," como la juzga un escritor de nuestros días, fué considerada desde luego, con sobrado tino por el P. Alzate, como "novela." Al mismo tiempo que otros críticos, éste la censuró acremente en sus *Cacelas* por el hecho de estar encomendada a las personas "de buen gusto," y tal censura hasta originó un ruidoso proceso.

## V

## APARICIÓN DE LA NOVELÍSTICA MEXICANA

Llegamos a las postrimerías de la época colonial; esto es, a los cuatro primeros lustros del siglo XIX.

Anastasio de Ochoa y Acuña es el nombre con que desde luego tropeizamos por estos años. Nativo del pueblo de Huichapan, donde viera la luz el 27 de abril de 1783, este literato llegó a ser superior a su época, en todos sentidos. Comenzó en 1806 a publicar versos en el *Diario de México*, algunas traducciones de poetas franceses e italianos, y propios los más, firmándolos a veces con el seudónimo de "Pastor Antimio," lo que le valió llegar a ser admitido en la Arcadía Mexicana.

Abrazó la carrera eclesiástica, la cual hizo en el Seminario Conciliar de México, ordenándose en diciembre de 1816; y aunque ocupó varios curatos de provincia, no abandonó los estudios literarios. Tradujo varias obras dramáticas europeas; compuso dos comedias y una tragedia, y escribió una novela de costumbres, de la que, desgraciadamente, se ha perdido hasta el nombre, y unas *Cartas de Odaíra y Elisandro*, perdidas también, que probablemente no eran sino una novela en forma epistolar.

Fuera de los autores y de las obras que quedan anotados, puede asegurarse, sin temor a un error, que no hubo más novelistas ni más novelas o seminovelas durante la época colonial. Si la producción novelesca es tan exigua en nuestros días, fácil es convenir en que con lo raros que eran los cultivadores, la falta de libertad de imprenta y las restricciones de la censura, aquella época tan larga haya sido tan pobre no sólo en éste, sino en todos los demás géneros literarios.

Mas la aurora del siglo XIX hubo de traernos, con las prístinas auras de libertad, la reforma y la emancipación de nuestras letras. De la primera fué autor Hidalgo; la segunda la realizó José Joaquín Fernández de Lizardi, fundando, sobre todo, la novela genuinamente mexicana. Pero de él no he de ocuparme, porque sólo traté, en este estudio, de averiguar los orígenes de la novela en México.

LUIS CASTILLO LEDÓN.